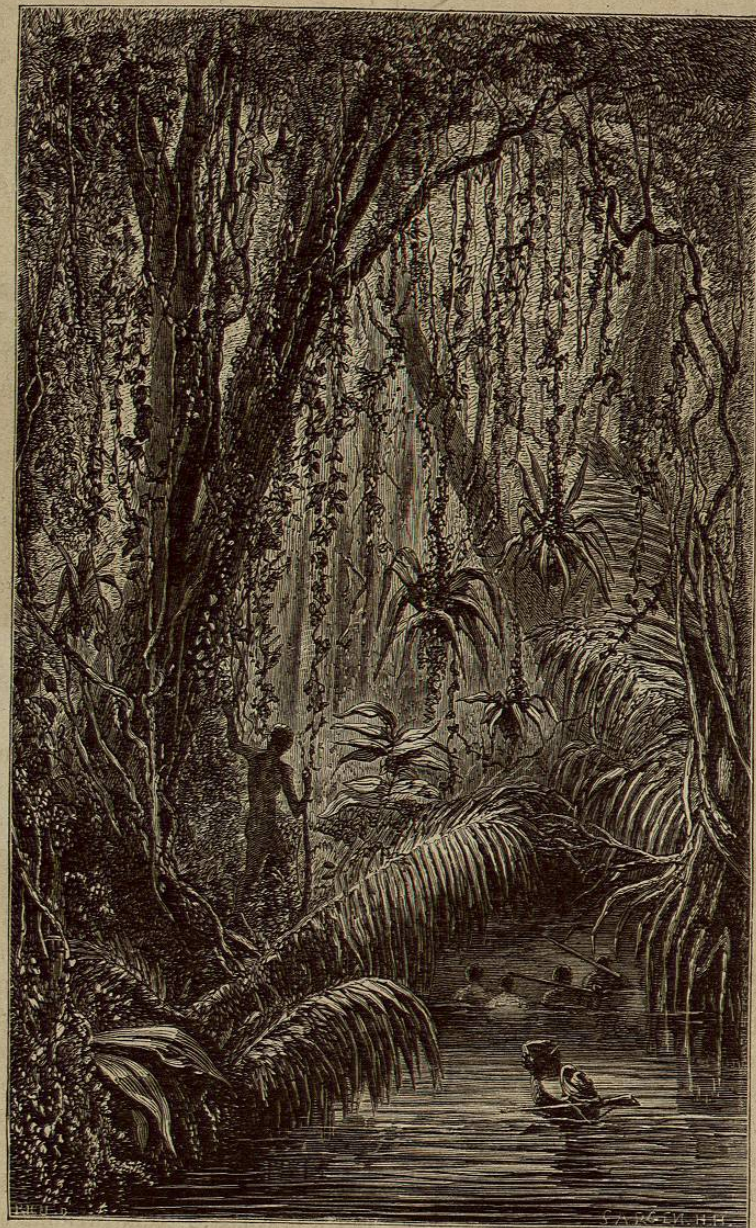


pescadores, etc. Cerca de nosotros pasó una piragua tripulada por un jóven y su esposa: el marido regía el timon, y la mujer, colocada en el centro, tenia en

sus brazos un ramaje que le servia de velo: ¡asunto precioso para un cuadro! Aquella pequeña canoa impelida por el viento desapareció en pocos minutos.



El dibujo molesto.

Entramos en el bosque-virgen.—Arboles.—Animales.—La finca de mi huésped.—Mi aposento.—Mi primera noche en la soledad.

¡Hé aquí, al fin, el bosque-virgen! ¡Hé aquí el principio de aquella naturaleza casi desconocida! Nunca ha dejado allí impresas sus huellas el hacha, ni la planta humana ha pisado aquella tierra. Parecióme que se me revelaba una nueva vida. Mi natu-

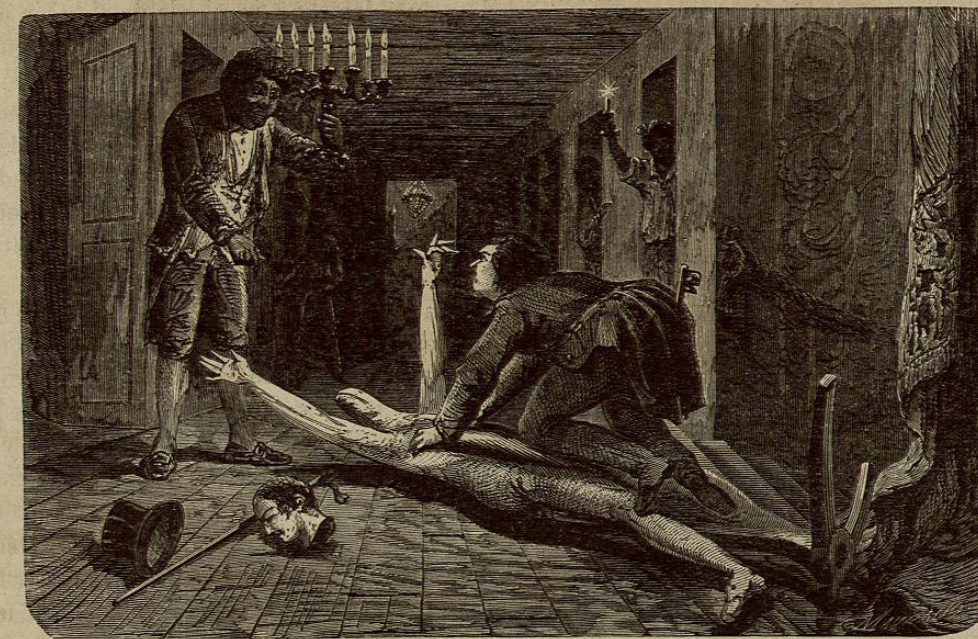
ral propension á no dejarme impresionar sino por el lado ridículo de todo cuanto hasta entonces habia visto, fue reemplazada súbitamente por pensamientos graves, por un recogimiento casi religioso. Cada golpe de remo que me acercaba á aquellas grandiosas escenas borraba poco á poco en mi alma los recuerdos de lo pasado. El rio se estrechaba notablemente, y sus dos orillas iban convergiendo una hácia otra. Los mangles desaparecieron, el agua dulce substituyó á



Operacion desagradable.

la salada, y las plantas acuáticas cubrian las márgenes. Pronto se presentaron árboles inmensos cubier-

tos de plantas parásitas, de flores y de orquídeas que con mucha razon se llaman las *hijas del aire*, pues



Una lucha nocturna en el palacio del emperador del Brasil.

viven sin raíces, suspendidas por lo regular de las lianas, como las arañas que iluminan los salones, sin que me sea posible comprender bien cómo y por qué

la casualidad las ha colocado de esta manera. El cauce del rio se estrechaba gradualmente hasta el punto de ser necesario bajarse muchas veces para no tropezar



en los árboles inclinados cuyas raíces se destacaban medio arrancadas de la orilla minada por el agua. A cada instante pasábamos por debajo de las arcadas formadas por millares de palmistos de tronco tan delgado que parecía, cuando se los miraba desde lejos, que el mas ligero soplo de viento los rompería.

Mi huésped no comprendía mi admiración cuando me estasiaba á la vista de las formas fantásticas que las plantas trepadoras cargadas de flores daban á los árboles que invadían, reproduciendo en los aires todas las figuras que podría soñar la imaginación mas rica. Las sensaciones que experimentaba eran las que un pintor puede pretender espresar por medio de su pincel, pero que su palabra y su pluma no pueden describir. Apenas daba asenso á mis ojos, pues me parecía ver templos, circos, animales fantásticos, borrados á cada paso que dábamos para ser reemplazados con otras maravillosas imágenes, porque en aquella nueva parte del río los árboles estaban envueltos en lianas que subían hasta sus copas, bajando en racimos entrelazados, subiendo de nuevo para volver á bajar, y formando por todas partes redes inextricables, siempre verdes y floridas. De las copas de aquellos árboles invadidos caían á manera de cuerdas de navío, otras lianas tan regulares que parecían labores artísticas. De estas lianas se colgaban familias enteras de monos ustitis, á los que nuestra presencia no hacía huir, y que por el contrario nos miraban con curiosidad, prorumpiendo en gritos que parecían silbidos. Pero todo en este mundo tiene contrastes; y contrastes eran ciertamente los horrorosos cangrejos que al acercarnos se alejaban no sin trabajo, con sus enormes patas armadas de formidables pinchos, y los sapos del tamaño de un gato, que tienen una mirada apacible bajo un aspecto repugnante. Hubo un momento en que descubrimos un espacio al aire libre, cuyos árboles habían sido derribados por vía de desmonte, pero quedaba una fila en pie. El río ofrecía allí un sitio por demás agradable para bañarse. La arena fina y amarilla como el oro me convidaba á aprovecharme de la ocasión; pero fue preciso reprimir este deseo. Había llegado al término de mi viaje, y mis impresiones poéticas se desvanecieron de improviso al desembarcar.

Ví primero en un ribazo una choza un poco mayor que las de los indios de Santa Cruz, un vasto terreno llano cortado por grandes charcas y cubierto de una yerba nociva; y luego, hasta donde podía alcanzar con la vista, bosques vírgenes cuyo vago aspecto no me interesaba tanto. Por todas partes habían sido quemados los árboles después de derribarlos, y también las plantas parásitas de los que habían quedado en pie, los cuales por esta razón me parecían secos y descarnados. Acaso mi desencanto consistía en otra cosa. El entusiasmo no es un estado normal,

y á fuerza de haber admirado en demasía, ya nada admiraba. Por otra parte, el carácter del huésped en cuya casa iba á pasar seis meses, y su habitación cubierta de palmeras en un lugar desnudo de árboles, hubieran bastado seguramente para enfriar mi imaginación. En fin, sin que me sea posible explicar el por qué, la verdad es que me sentía triste y desilusionado en el momento mismo de la realización de mis mas gratos deseos. Los indios dependientes de la casa vinieron á llevarse nuestros efectos, que era bastante difícil subir sobre la resbaladiza yerba, empezando por trasladar primero á la habitación todo lo que pertenecía á su dueño, con arreglo á las órdenes de éste, mientras yo, sentado en el tronco de un árbol, admiraba silencioso las delicadas atenciones de que era objeto. Al fin llegó mi vez. Condujéronme á mi aposento, y ví que el cuarto con que se me obsequiaba estaba atestado de cajones, toneles y paquetes de cañas secas. Era imposible habitar en aquel fementido zaquizamí, y saliendo de él fuí á sentarme de nuevo sobre la yerba, olvidando una de mis desdichas de Santa Cruz; pero una nube de insectos vino á recordármela cruelmente.

Obligado á volver á mi tugurio, visité mientras llegaba la hora de comer, el interior y el exterior de la habitación del señor X... No es posible describir la suciedad de la cocina. Una india vieja hacia cocer sobre unas ascuas un tato ó armadillo que yo creía destinado á servirnos de comida. El hogar, colocado en el centro de la pieza, se componía de doce piedras, y á derecha é izquierda de él había unos bancos sobre los cuales dormían los indios que habían trasladado nuestros equipajes. Me engañé sin embargo en lo relativo al tato, pues nuestra comida se preparaba aparte, y corría á cargo de una mulata joven. Durante este tiempo, mi huésped, olvidando que yo no sabía dónde acomodarme, y quizá que existía, conversaba tranquilamente con su *feitior*, título equivalente al de capataz en las Antillas.

Continué pues mi visita, y tuve tiempo suficiente para examinar á mi placer el comedor, donde ví un mono ustiti, maligno y aficionado á morder á todo vicho viviente, atado á la reja; seis ú ocho perros tísicos; una caterva de gatos grandes y chicos; gallinas, ánades y cerdos que vivían familiarmente con los dueños de la casa, y que cometían, como luego pude observar, muchas acciones vituperables durante la comida.

Al fin, el incomparable señor X... vino á decirme con gran amabilidad: «¡Amigo mio, vamos á comer!» Mucho me sorprendió el epíteto, y fuí á sentarme á la mesa, aplazando para el día siguiente la continuación de mis exploraciones.

Después de la comida, lo mas conveniente era acostarse. El cansancio me hizo parecer tan agradable

como el mas hermoso lecho, un colchon estendido en el suelo. El lugar donde me habían colocado momentáneamente con otros fardos de mercancías, no tenía,—y lo mismo puede decirse del resto de la casa,—para preservarse del sol y de los insectos, sino un pedazo de tela azul de algodón, sujeta con algunos clavos. Durante aquella primera noche oí gritos por todas partes; muchos me parecieron harto desagradables, y especialmente el de un pájaro de que me habían hablado. Este pájaro, al que los indios dan el nombre de *saci* porque al parecer pronuncia estas dos sílabas, es para ellos un objeto de superstición, pues creen que es el alma de alguno de sus parientes. Mas adelante pasé muchos días en intentar cazarlo. Hacíase oír en un matorral aislado, y guiado por su grito avanzaba pausadamente, con precaución y reteniendo el aliento. Callaba por un momento, y al dar yo un paso mas, el grito se repetía, pero á mi espalda; de modo que nunca pude verlo. Su grito, cuando lo oí por primera vez, me turbó tanto tiempo el sueño que me hubiera acometido la rabia á no levantarme; pero debo decir que me ví largamente recompensado de esta mi resolución con el cuadro que se presentó á mis ojos. Bajo la sombra que á lo lejos proyectaban los bosques, desde el pie de la montaña hasta su cima, miriadas de moscas luminosas brillaban como las estrellas. Pronto olvidé el *saci*, los agudos chillidos de las garzas, y los ásperos maídos de los gatos monteses, en presencia de aquellos fulgores maravillosos, ante los cuales hubiera pasado con gran placer el resto de la noche, si los insectos de toda especie, agolpándose sobre mi cara, no me hubiesen obligado á levantar el campo para refugiarme detrás de mi cortina azul de algodón, y sus clavos.

Tribulaciones.—Mi laboratorio y mi tienda.—La caza.—Un sapo y un cangrejo.

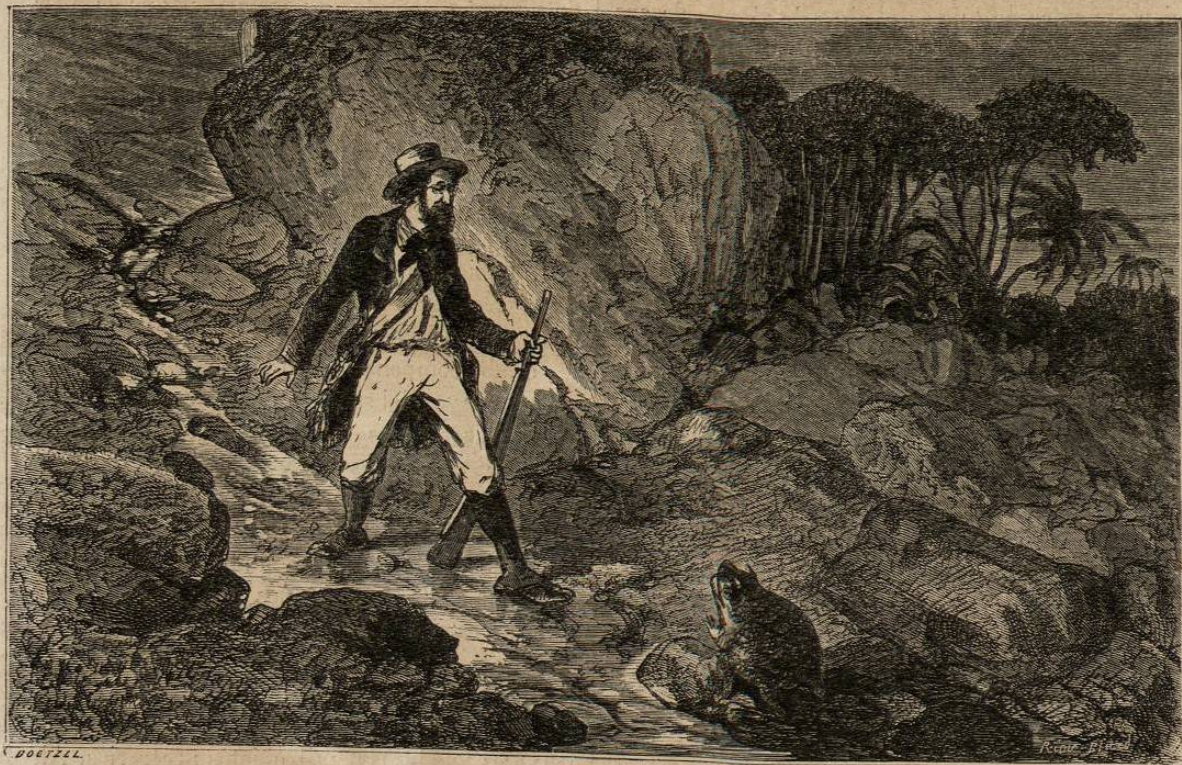
Pedí á mi huésped al día siguiente que hiciese desembarazar mi cuarto de todo lo que lo obstruía; esta petición le pareció muy justa, mas no por ello dejaba de ocuparse esclusivamente del cuidado de vaciar sus cofres y de atender á todo lo que le pertenecía. Así trascurrieron muchos días, en los cuales tuve tiempo para pensar en todos los favores que había dispensado al señor X..., á fin de asegurarme su buen proceder hácia mí. Pero ¿no me había aventurado hasta el punto de esponer y recomendar al emperador sus planes de colonización? El mismo señor X... me había aconsejado que no llevase dinero, pues me ofreció sufragar todos mis gastos y regresar en mi compañía á Rio-Janeiro, donde le reembolsaría sus anticipos. Como la perspectiva era en verdad poco halagüeña, me pareció conveniente entrar en

algunas esplicaciones. Quejéme á mi huésped de la poca atención que concedía á mis reclamaciones y ruegos, y se mostró altamente sorprendido. «¿No hemos convenido, me dijo, en que cada uno de nosotros obraría sin cumplimientos respecto del otro?» Pero es el caso que como respecto del obrar sin cumplimientos la partida no era igual entre nosotros, le declaré que deseaba marcharme. Lamentóse de ello, no escaseó las protestas corteses, y hube de resignarme de nuevo. Mi cuarto fue puesto en estado de recibirme.

Una mañana obtuve el auxilio de un obrero, que armado de martillos y barrenas me ayudó á construir un pequeño laboratorio necesario para mis primeros ensayos de fotografía. Si he hablado de barrenas, es porque las maderas del Brasil son tan duras, que no permiten á los clavos penetrarlas por sí solos. Lo que allí se llama *tabla* pesa tanto como los maderos en Europa. El reducido cuarto destinado á servirme de gabinete, de taller, de alcoba y museo de historia natural, solo recibía la luz por la puerta, pues el techo, cubierto con ramas de palmera, sobresalía á largo trecho y daba mas sombra de la necesaria; lo cual, si bien bajo ciertos aspectos era un inconveniente, estaba compensado con la ventaja de mitigar un poco los rayos del sol. En mi establecimiento, las tablas macizas y los toneles vacíos desempeñaban el principal papel. Los intersticios de las tablas que formaban los tabiques de mi improvisado gabinete de fotografía se taparon con papel y heno; dos toneles me sirvieron de mesa; mi silla era una caja sobre la cual había clavado algunos pedazos de latanero, y con una estera vieja hice una puerta. Tenía lo necesario para entrar y salir, pero nada mas. En toda la longitud de mi cuarto dispuse á manera de estantes las dos tablas mas largas que encontré, llenando los dos mayores toneles con mil objetos necesarios. Alrededor del gabinete estaban colgados mis vestidos, que acababan de cubrir los intervalos de las tablas, ya cubiertas en parte con papel, y al fin puse en orden los enseres que debían servirme para cada uno de los diferentes oficios que había ido á ejercer en los bosques. Ocupaban el primer puesto la caja de los colores, los papeles preparados para el dibujo, que destinaba para formar mas adelante un album; hecho esto, puse sobre la tabla un maderito que servía de tabique. Un poco mas allá coloqué los frascos, los alfileres y las tablititas de aloes que había serrado y acepillado. En el tercer departamento guardé los escalpelas, las tijeras, el jabon arsenical y las balanzas. No debo olvidar el libro en que había de aprender los primeros elementos de la fotografía, arte que entonces me era tan desconocido como el de preparar los animales, los cuales por otra parte aun no habían sido muertos. En el mismo departamento que las balanzas se hallaban los productos químicos.



Ya clasificados los instrumentos de todos mis diferentes ramos, pensé en poner mano al trabajo, aunque ví en breve que aun no estaba terminado todo. Por economía habia querido privarme de la tienda necesaria al fotógrafo; pero no necesite mucho tiempo para convencerme de que me era imposible prescindir de ella. Aparte de esto, el primer dia en que intenté trabajar fotográficamente, rompí mi cristal deslustrado, y la humedad hizo que se despegasen todos mis instrumentos. Quince dias invertí en repa-



Un encuentro en el bosque.

rar tamañas desventuras y en hacerme una tienda con algunas telas que encontré en mis cofres, y con tres jubones rotos de nuestra vieja cocinera. Ocurrióme además la feliz idea de adaptar á mi tienda mi parasol de paisajista, atando á cada ballena un bramante; y luego, merced á unos postes que clavé en el suelo, conseguí que mi tienda no se viese demasiado traqueteada por el viento, que en el Brasil se presenta regularmente todos los dias á las ocho de la mañana. Todo bien considerado, me pareció bastante

difficil obtener un resultado fotográfico cualquiera, puesto que antes de las ocho habia mucha humedad, y despues de esta hora reinaba un fuerte viento. Empecé por lo tanto, á creer que seria prudente abandonar la fotografia, y volver lisa y llanamente á la pintura, con tanto mayor motivo cuanto que las lluvias que á la sazón caian á torrentes no me permitian salir de mi aposento. Tenia indios á la vista, y resolví hacer de ellos el asunto de un cuadro. Pero habia contado, como dice el refran, sin la huésped. A la primera palabra que acerca del particular pronuncié, mi huésped me hizo varias objeciones, diciéndome que siendo los indios muy supersticiosos, nunca se prestarían á ser retratados, y le parecia asunto muy delicado hacerles tal proposición. Conseguí sin embargo persuadir y pintar á uno de nuestros cria-

dos indios; pero era inútil intentar esto respecto de los demás, pues aun el mismo Policarpo,—asi se llamaba mi primer modelo,—se habia mostrado muy descontento.

Manifesté luego mi deseo de procurarme una canoa y un hombre que me llevase á uno de aquellos sitios de nuestro camino fluvial que tantos gratos recuerdos me habia dejado; pero ni el hombre ni la canoa llegaron. A fin de evitar el viento concebí el proyecto de ir á lo interior de los bosques para hacer allí mis estudios por medio de fotografias; pero como tambien para esto me era necesario un hombre, puesto que se trataba de llevar un bagaje bastante pesado, me fue igualmente imposible hallar ese hombre.

Un dia, sin embargo, encontré á un indio, y tra-



La fiesta de San Benito en una aldea india.